

la cifra*

FANTÁSTICO DAHL!

El 11 de agosto se estrena en salas de cine del país *El buen amigo gigante*, una adaptación del británico Roald Dahl (1916-1990), uno de los maestros indiscutibles de la literatura infantil del siglo XX.

1929

fue el año en el que entró a Repton School, a donde la empresa Cadbury enviaba sus chocolates para que los estudiantes los probaran. De esa experiencia germinó *Charlie y la fábrica de chocolate* (1964).

774022:

el número de piloto que la Real Fuerza Aérea Británica le asignó en 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Dahl entrenó en Kenia, luchó en Grecia y se estrelló —se fracturó el cráneo— en Libia.

6223 Dahl

es el hombre del cinturón de asteroides descubierto por el astrónomo checo Antonín Mrkos y que, en 1996, seis años después de la muerte de autor, recibió su nombre.



Dahl solía estirar y desafiar las convenciones del lenguaje, en especial con 'malapropismos' y retruécanos. Inventó muchas palabras como *lickwisy, delumptious, uckysluch, rotsome, squishous* y *fizzwiggler*.

Sala de estar

Series, aplicaciones y cosas

“LA VIDA ES como eso que pasa mientras vivo lo que siempre creí que era la vida” es la frase que se repite a lo largo de esta conmovedora serie web, la primera realizada por un teatro en América Latina. El Teatro Libre, bajo la dirección de Ricardo Camacho, decidió apostar por crear esta pieza que se aleja de la predictibilidad de ciertos contenidos que se realizan para internet hoy, y en los que la publicidad se ha convertido en la piedra de toque para contar historias. Dirigida por Felipe Delgado, y con el apoyo del Ministerio de Cultura, *La vida es como* tiene muchos aciertos y pocas debilidades. Lejos de querer demostrar algo, se limita a contar una historia sencilla que encierra complejidades profundas. La vida de Luis Fernando Gutiérrez (Héctor Bayona), un funcionario notarial que pasa su vida poniendo sellos y revisando papeles, se examina durante seis episodios en los que las preguntas sobre la inexorabilidad del tiempo, la certeza del final de la vida laboral o el descubrimiento del amor en la madurez resultan notables. Se puede ver en YouTube.

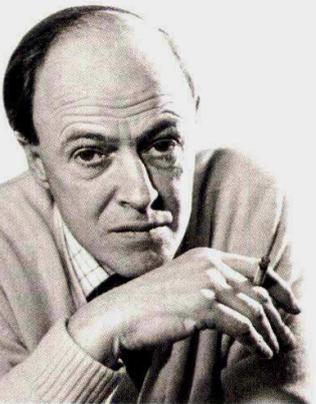


Sus padres, Harald y Sofie, inmigraron en los albores del siglo XX de Noruega a Gales, donde el futuro escritor nació en 1916. Le pusieron Roald en honor al explorador polar noruego Roald Amundsen.



1.000

dólares pagó la revista *The Saturday Evening Post* en 1942 para adquirir los derechos de *A Piece of Cake*, la primera historia publicada por Dahl. Un año después sacó su primera novela, *The Gremlins*, y más adelante publicaría clásicos como *James y el melocotón gigante* (1961) y *Matilda* (1988).



RONALD DUMONT / GETTYIMAGES

Sopor i piropos • Por Nicolás Morales

ESTUDIAR PARA EDITAR LIBROS



Pertenezco a una generación de editores empíricos. Cuando llegué al oficio, mis armas eran lecturas, imágenes de libros, colores, tipografías, buenas y malas ideas, pero poca teoría sobre lo que significaba —en todo el sentido de la palabra— editar. Como yo, arrancaron casi todos

los editores de esa generación. Los que permanecieron construyeron un marco referencial de la edición profesional a punta de experiencias y duras batallas con proyectos, textos, escritura y objetos físicos. Crearon o mantuvieron fondos muy bonitos. Eso sí, no había muchas escuelas de edición. La legitimidad epistémica de la edición era pobre; y los editores sin estudios universitarios eran menospreciados académicamente.

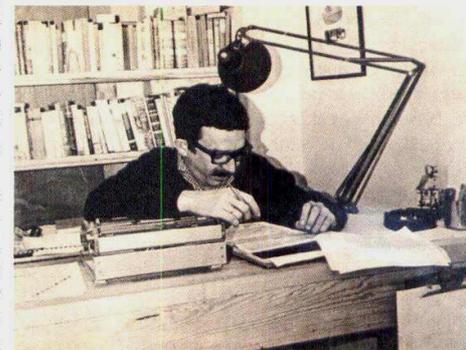
Recuerdo con mucho cariño mis primeras grandes clases con editores *in situ*. Martha Segura (magnífica editora del Museo Nacional) o el editor independiente Juan Andrés Valderrama me mostraron nortes insospechados. Asistir a la construcción del poderoso fondo de Alfaguara Colombia, regentado por Pilar Reyes, fue muy emocionante. Conocer por oídas la experiencia de monstruos como Alberto Ramírez Santos o Conrado Zuluaga también resultó interesante. Conversar con César Hurtado de La Carreta fue mi escuela de edición. Así como la lectura de los pocos teóricos del momento que hablaban del asunto: Jesús Anaya Rosique, Hubert Nyssen, Joaquín Rodríguez.

Pasó el tiempo y todo mutó dramáticamente. Aparecieron colecciones sobre el libro como las del Fondo de Cultura Económica y *dossiers* de importantes revistas relativos a la edición. Los editores fueron protagonistas y *vedettes* (Herralde, Barral, Hidalgo o Borrás). La técnica fue valorada. El libro no solo fue contenido, mirado por historiadores, sino también oficio, objeto y artesanía. Las miradas sobre lo editorial y sus estéticas estaban, pero no eran sistematizadas. Un ejemplo: la historia empieza a reconocer la labor de los grandes editores colombianos que antes eran invisibles. Entre cientos de casos, se me ocurren dos evidentes: Santiago Mutis con su labor en Colcultura o Felipe Escobar y Patricia Hoher en el Áncora Editores. Y en alguna parte se dirá que fue un bar de salsa del centro de Bogotá el que publicó la primera novela de Tomás González, autor hoy hurtado por Planeta por varios millones.

La edición se volvió un campo autónomo de conocimiento con teoría, técnica y métodos. La discusión que decía que para hacer libros “no se necesita estudiar” comenzó a cambiar y ahora se

conjugan las dos cosas. Antes se creía que era suficiente tener un buen capital cultural y escribir bien. La intuición, el olfato y la pericia complementaban la receta. El mundo del libro sin embargo dio la vuelta en dos décadas. Los referentes cambiaron y si bien se conservó esa capacidad intelectual de conjugar contenidos, la técnica se volvió mucho más precisa, más compleja y, por supuesto, necesaria. El mercado editorial digital también sacudió nuestras bases. Los libros electrónicos destruyeron ciertos paradigmas. Los lectores, vía tabletas y teléfonos, se multiplicaron exponencialmente. Además, pasó algo no menos importante: los editores experimentaron la necesidad de formalizarse en un mundo que les exige títulos por mezquinas y nobles razones.

Toda esta discusión la traigo a cuento por la reciente creación de la maestría en Estudios Editoriales del Instituto



García Márquez editando *Cien años de soledad*.

Caro y Cuervo, entidad adscrita al Ministerio de Cultura. Es la primera maestría en Colombia de este tipo. Si bien no es la primera experiencia educativa. La Universidad de Antioquia tuvo una especialización, abortada hace algunos años; se mantiene el diplomado de la Tadeo y el Fondo de Cultura Económica, y el énfasis editorial del pregrado de Comunicación de la Javeriana, fundado por Ana María Aragón, Gabriela Habich y Adriana Urrea, sigue formando decenas de editores al año.

Pero lo del Caro y Cuervo es bonito. Porque es pensar el asunto desde Colombia, cansados de que siempre se conculgue en materia de formación superior desde el Parque del Retiro en Madrid. Y porque es el reconocimiento por parte del Estado de que los editores son motores de desarrollo y que sin ellos nada funcionará. O bueno, casi nada. ♦